

**“SI TE ATREVES A ENSEÑAR,
NUNCA DEJES DE APRENDER”**

(John Cotton Dana)

Profra. Esmeralda Azucena Hernández Albarrán

Julio 2021

“SI TE ATREVES A ENSEÑAR NUNCA DEJES DE APRENDER”

(John Cotton Dana)

Parece que fue ayer cuando nos encontrábamos en nuestra reunión de consejo técnico, por un lado me sentía con incertidumbre sobre lo que pasaría con nuestras aulas cuando nos informaron que iniciábamos un aislamiento obligatorio y que las clases debían seguir, pero ahora a distancia pues se empezaba a escuchar sobre un virus letal que estaba llegando a nuestro país luego de haber afectado varios países asiáticos y europeos, pero también estaba emocionada, pues se adelantaba las vacaciones de Semana Santa 2020 y como muchos pensé que la situación de pandemia sería momentánea y que regresaríamos a las condiciones normales muy pronto. Situación que después de más de un año apenas ha sido posible pero todavía no como era antes de esta pandemia. Este virus vino para quedarse, vino y cambió todo a nuestro alrededor, nos cambió nuestra forma de ver y vivir la vida y como maestros no fuimos la excepción, no importando nada, ni la edad, ni el perfil, la cantidad de estudiantes, el lugar de trabajo, el nivel para el que trabajamos, a todos nos tocó reinventarnos y resurgir pero sobre todo estar en una búsqueda constante y actualización de estrategias que de una u otra manera facilitaran nuestra intervención docente, para dar continuidad al proceso de enseñanza-aprendizaje que se venía trabajando desde las instituciones educativas; pero esta vez con dos componentes adicionales, el acompañamiento constante de padres de familia y el trabajo desde casa a través de la virtualidad.

El educar en tiempos de pandemia se volvió todo un reto (por no decir caos) para los docentes y un proceso de adaptación para los estudiantes y padres de familia a las nuevas formas virtuales de enseñanza-aprendizaje, que incluyen nuevas pedagogías, metodologías, y herramientas tecnológicas, dejando de lado las clases presenciales y la forma tradicional que aprendía la gran mayoría de la comunidad educativa, el distanciamiento social no sólo ha representado una separación física, en muchos casos, también ha traído consigo un aislamiento emocional y afectivo de todo aquello que nos daba vida, que nos mantenía en continua motivación, es decir, de nuestros alumnos, la pandemia

vino a fracturar nuestras vidas, vino a exponer nuestra fragilidad humana, a causarnos múltiples heridas y a mostrar la diversidad de crisis de las que tantos autores venían hablando pero pocos entendíamos, hoy en día sabemos que estas crisis se refieren a una crisis política pero también poblacional, alimenticia, económica, religiosa, sanitaria, social y, por supuesto, educativa.

Siempre se ha hablado que como docentes enfrentamos retos, pues cada ciclo escolar, cada contexto, cada familia y cada alumno exige de nosotros una forma individual de abordar, pero ante este nuevo escenario los desafíos de los docentes mexicanos se multiplicaron al 100%, como maestra y como el resto de la población viví esta pandemia con frustración y miedo en todo momento. De forma inmediata sentí una gran frustración, y a pesar de que pertenezco a la población que conoce y hace uso de la tecnología, no sabía hacer el uso correcto de dicha tecnología en mi práctica docente y ante esta pandemia tenía que recurrir a ella para continuar con la enseñanza a distancia. Con miedo, porque transitar de una educación presencial a otra que plantea la implementación del uso de internet y de Tecnologías de la Información y la Comunicación en el proceso educativo no es nada sencillo, sobre todo si consideramos que no había tiempo para la capacitación y que nuestra labor se duplicaba, pues ahora no solo enviaríamos actividades a los alumnos, sino que cada indicación, cada actividad y cada planeación exigía por un lado cumplir con los propósitos pero por otro lado también ser accesible, sencilla, interesante e innovadora para no perder esa magia que como docentes debemos tener para sembrar en nuestros alumnos el entusiasmo por aprender día a día. Saber enseñar implica saber aprender, renovarse, transformarse para generar pequeños o grandes cambios sociales y sobre todo dejar huella en muchas vidas.

Ser maestro en un aula presencial te da una gran satisfacción, el ver día a día a los alumnos, a sus madres, permite variedad de intercambio académico de vínculos necesarios; hay pláticas informales en el patio, en la puerta, después de clases, en el recreo, en el almuerzo, en todo momento hay interacción, hay convivencia, hay lazos sociales que nos permiten conocer cada contexto de nuestros estudiantes. La escuela para muchos estudiantes era un lugar de esparcimiento, donde encontraban el refugio que en sus casas no tenían, ya fuera por falta de tiempo de sus padres, por maltrato intrafamiliar, falta de

normas, entre otras, con la pandemia ese escenario se cerró y con profunda tristeza nos enteramos que varios alumnos tuvieron la necesidad de emplearse en un trabajo dejando sus clases, pues era más importante llevar un peso a casa para comer que una calificación o una evidencia, también nos percatamos que algunos niños estaban al cuidado de sus abuelos, pero esto implicaba que los propios niños cuidaran de ellos y cuidar familiares enfermos; además, en medio de ello, de vivir el duelo por la pérdida de algún ser querido. Así que, ante esta situación tan compleja, un punto clave fue sin duda la empatía: aprender a ponerse en los zapatos de otro, porque el docente es sin duda un apoyo emocional; no importa los años de servicio, el contexto, el nivel, escuchar, entender, comprender y reconfortar son habilidades que debemos desarrollar siempre ante nuestros alumnos y sus familias porque toda situación que viven afecta su desarrollo y las emociones, y por ende su aprendizaje.

A través de llamadas telefónicas con las familias nos dimos cuenta de que lo que más se necesitaba era comprensión emocional, necesitaban desahogarse, realmente no sabían ponerle nombre a lo que les pasaba a los niños, pero tampoco a ellos, porque todos estábamos experimentando una montaña rusa de emociones que no sabíamos ni expresar ni gestionar y con esto surgió la gran necesidad de cubrir el aspecto emocional, además de los contenidos. Y esto fue otro aspecto que, aunque siempre se había trabajado era necesario aprender a vincular como parte de los contenidos y a su vez como una alternativa para poder sobrellevar todo lo que la pandemia implicaba.

Desde luego, la empatía es una característica que obliga al cambio, pero para cumplir como docentes nuestras familias también tuvieron que ser empáticas con nosotros porque de la noche a la mañana nuestro hogar se convirtió en salón de clases, sala de juntas, oficina de atención o espacio para brindar asesoría a distancia, nuestra mesa pasó a ser nuestro escritorio, el cuarto de nuestros hijos su salón de clases, nuestra jornada no tenía hora de salida, nuestro teléfono no paraba de sonar día y noche, mensajes de los padres de familia, de supervisión, de colegas, continuamente vivimos enojo e impotencia por priorizar lo administrativo, nuestros hijos tuvieron que aprender a esperar para ser atendidos, el tiempo que teníamos libre era para hacer llamadas grupales, para descargar contenidos de apps, para hacer tutoriales, para grabar

nuestra clase o porque simplemente la actualización era nuestra mayor necesidad.

Pero bueno, esta pandemia también nos enseñó grandes cosas, porque se nos había olvidado que nuestras casas son laboratorios de aprendizaje significativo para los niños, que los padres de familia son los primeros maestros, que la educación no solo se da en una institución, y que cada aprendizaje debe ser para la vida, es decir no perder de vista la transversalidad de los conocimientos, así que debemos aprender a enseñar en forjar los pilares de la educación, donde Aprender, Aprender a hacer, Aprender a vivir juntos y Aprender a ser, sean la construcción de un conocimiento constante.

Esta pandemia nos invita a replantear nuestro sistema educativo, renovarnos, redefinir las filosofías educativas que lo orientan, y promover el sentido del humanismo, impulsar la inclusión educativa, esa educación donde todos caben sin importar cuales sean sus condiciones, como docentes debemos aprender a atender los vacíos emocionales en los alumnos más allá de los contenidos. Hoy, gracias a la pandemia es posible entender que el aprendizaje de nuestros niños, niñas y jóvenes exige corresponsabilidad entre padres de familia y docentes, y no porque no lo supiéramos sino porque la sociedad no lo quería entender. Las condiciones reales de estudio de los niños, niñas y jóvenes, nos lleva a advertir que hacen falta políticas educativas que disminuyan las brechas de desigualdad, pero que todos tenemos que asumir nuestra responsabilidad para atenderlas.

Hace años decidí aceptar una gran responsabilidad que era “enseñar” hoy creo que a pesar de los años que tenga como maestra, mi misión jamás cambiará porque ha sido, es y seguirá siendo: asegurar el derecho a la educación de niños, niñas y jóvenes de nuestro país, pero esta educación no basta con ser de cabeza a cabeza debemos apuntar porque sea como la expresión lo dice: de corazón a corazón, siendo conscientes que cada acto y cada día son una oportunidad de aprendizaje que nos permite ser mejores en cada ámbito que nos desempeñamos, si todos asumiéramos la responsabilidad que nos toca todo sería mejor.

Hoy se nos habla de una nueva normalidad y es eso precisamente entender y aprender a vivir no como antes, sino mejores que antes. Porque no basta con buenas intenciones para salir de esta situación, es necesario reparar los daños causados por esta epidemia; y también reflexionar y cambiar los desaciertos derivados de decisiones y prácticas equivocadas que en la educación se venían cometiendo, probablemente después de que termine la pandemia muchos docentes vuelvan a su estado de confort habitual, pero también a muchos otros nos sacudió profundamente de tal manera que tomamos la decisión de reinventarnos, reconstruirnos y transformarnos, aceptamos el reto de continuar aportando y marcando la diferencia en nuestros entornos educativos.

Considero que, antes de la pandemia, como docentes teníamos el reto de adquirir nuevas estrategias tecnológicas que permitieran generar aprendizajes significativos a través del uso constante de herramientas virtuales o apoyos audiovisuales, pues era una necesidad. Pero ahora, la implementación de tecnologías se debe convertir en una obligación y un recurso para responder a la demanda académica y social del hoy y del futuro, donde las plataformas educativas para las instituciones y la modalidad de enseñanza se vuelvan mucho más flexibles y accesibles para los estudiantes.

Cada docente es diferente, sus estrategias, su forma de aprender y a la vez de enseñar todo se encamina hacia su personalidad, pero además de eso hacía la pasión y dedicación con la que realiza su trabajo. Nuestro país, nuestros alumnos, necesitan maestros inquietos, dinámicos, que siempre tengan sed de aprender porque de esta manera transformaran sus clases, que investiguen, que se preparen, que aporten cambios, que generen innovación y que provoquen la reflexión y no la repetición que se ponga a la misma altura que sus alumnos, y que además se ponga en sus zapatos pues solo así siempre vamos a aprender de otros.

Finalmente, si aprender es una actividad inherente al desarrollo humano debemos primero a asumir el enorme compromiso de aprender a cambiar el concepto de una educación, por una visión renovable de acuerdo a los cambios que la actualidad demanda, la escuela no la forma la infraestructura, ni los

salones, ni las mesas o sillas, la escuela la formamos todos aquellos actores que estemos dispuestos a crear aliados que aporten a la formación de sus alumnos, sin duda el maestro es irremplazable, pero de nosotros depende que nuestra labor más que valorada se mantenga viva como una tarea fundamental para el desarrollo de nuestro país.